

blanco de mi corazón?»  
 en laúd con cuerdas de oro  
 y de regalado son,  
 que de par en par me abriera  
 las puertas del corazón.

El es gallardo y gentil,  
 gala de la discreción;  
 si parla, encantan sus labios;  
 si mira, mata de amor;  
 y, cual si yo su sol fuera,  
 es mi amante girasol;  
 y abrieme de par en par  
 las puertas del corazón.

Yo le quiero bien, mi madre  
 (¡no me lo demande Dios!),  
 quiérole de buen querer,  
 que de otra manera no.  
 Si el querer bien es delito,  
 muchas las culpadas son,  
 que de par en par abrieron  
 las puertas del corazón.

Vos, madre, mal advertida,  
 me claváis reja y balcón;  
 clavad, madre, norabuena;  
 mas de esto os aviso yo,  
 cada clavo que claváis  
 es una flecha de amor,  
 que de par en par me pasa  
 las telas del corazón.

Yo os obedezco sumisa,  
 y no me asomo al balcón:  
 «¿Qué no hable?»—Yo no hablo.  
 «¿Qué no mire?»—¿Miro yo?  
 Pero «que le olvide», madre...  
 madre mía, olvidar no;  
 que de par en par le he abierto  
 las puertas del corazón.

En fin, vos amasteis, madre  
 señora abuela riño.  
 mas por fin vos os velasteis,  
 y a la fin nací yo.

Si vos reñís, como abuela,  
 yo amo cual amasteis vos  
 al que abri de par en par  
 las puertas del corazón.

## Responso profano a Mateo Hernández

En el Museo de Arte Moderno, de Madrid, se pensó instalar una capilla ardiente a fin de que reposaran, haciendo un alto en el tránsito, los restos mortales de Mateo Hernández, lo que no pudo verificarse pues el traslado se hizo directamente desde París a Béjar. Para ser leído en el acto que se planeó celebrar, fué escrito el artículo que ahora publicamos.

**M**ATEO Hernández, tornas a esta tierra de Castilla, te traen, cuando ya tu corazón apasionado que la amaba no puede latir a la vista de sus graníticas montañas, tus hermanas.

Saliste de entre ellas, no por incomprensión de la montaña ni de los del llano o la ciudad. No, cuando te ibas no podían ignorar ni comprender lo que todavía no eras. La verdad del impulso que hasta la Villa de la Luz te empujó, contigo lo guardas.

El destino quiso que la grandeza que en ti portabas, al recibir la luz allá en Lutecia fraguara en lo que has sido y serás para los siglos: montaña, cumbre.

Entonces, rodaron hasta tus pies los más duros y resistentes, los más bellos canchales desprendidos de otras montañas, y tú, más fuerte y duro aún, con unos hierros que al golpe potente de tu maza hacían que la noble materia herida centellease, los transfigurabas. Ellos, los canchales, dóciles, cedían a tus rudas, mágicas y únicas manos, a tu aliento, a tu resuello que al rugido se asemejaba.

Era una lucha heroica mantenida lustro tras lustro que tú solo, desde que los Tolomeos fueron, has sido capaz de sostener. Atacabas, centelleaba el espacio, mirabas y rectificabas. Sí, rectificabas tras de haber ensayado en tu mente, en el papel, y aún alguna vez en la tierna arcilla. ¿No habías de rectificar si eras hombre y te elevabas sobre la mediocridad?

Rectificabas y volvías al ataque con decisión y energía sobrehumanas.

En tu ruta se te cruzaban los atajos más varios, engañosos y atrayentes, más tú, impertérrito, seguías el ancho camino tuyo ¡tan largo! que de lejísimo venía, y el fin no se le veía.

A un lado y otro de los puentes del Sena, la insensatez, la prisa y la algarabía trataban de envolverte, y tú, castellano sensato y sor-do cuanto querías, lograbas mantener inalterable una calma anti-quísima.

Cuántas horas, cuántas vigiliás, ¡cuántas Mateo!, sereno, sin prisa, tú y la piedra, el hierro y el fuego, el fuego, el hierro, la piedra y tú, solos.

Sí, eres una montaña y te llamábamos a más de Mateo, «Piedra Dura». Cuando te lanzábamos el epíteto cariñoso la más noble envidia, la admiración iban en él ¡Cómo te halagará ahora oírlo aún después de para siempre dormido!

Algún desvío—tú sabrás— te alejó de esta tierra ibérica donde los hombres saben serlo y a los que tú de haberte quedado habrías transfigurado en esfinges o en dioses poseedores del mismo enigma que los labrados por tus antepasados mentíficos.

La universal y magnánima Francia de otro tiempo, te acogió amorosamente entregándote su dulzura en un ángel de naturaleza femenina que no abandonó a la montaña, que la sostuvo y aún como una suave brisa la empujó.

En Lutecia, si recibías luz— ¡y cuán clara y hermosa!—no encontrabas sin embargo en derredor tuyo, el carácter, la fiera rudeza, la fortaleza y el temple que tú mismo tenías, que las piedras exigían para domeñarse.

Por ello quizás y acaso sin pensarlo, tu amor, la ternura inseparable de la fortaleza tuya se volvió hacia los animales que, como los amabas, te amaron entregándote todo su ser. Con ellos llevaste a término una vez y otra el milagro inaudito de que los canchales que hasta ti rodaron, hechos formas por sobre cuya rotundidad el tiempo ha de resbalar, impregnados de ese algo inmortal que los animales no tienen, entren—según frase de tu hermano Bourdelle—a formar parte de la «columnata inmensa que a nosotros llega del fondo de los tiempos que fueron y que guarda el secreto de eternidad de lo bello».

Ninguno como tú, amigo «Piedra Dura», digno de codearse con ellos, de poner sus piedras labradas junto a las de más alcornia del planeta: las de Caldea, las de Tebas, las de Karnach, o las de Menfis. Cuando mis pobres manos temblorosas allá en sus solares las tocaban, e interrogándolas quería apoderarme del secreto de su eterna y monumental belleza, pensé en ti, Mateo, que ya lo tenías ¡oh grandeza tuya! sin que hubieras gozado de su contacto. Contigo te lo llevas Mateo Hernández, y ello nos enseña que el secreto está, más que fuera, dentro de nosotros.

Hombre fuiste y montaña, cumbre. Ya, sólo eres lo mejor, cumbre. Cumbre y un símbolo del amargo destino de un artista español, del artista español de nuestro tiempo.

Amabas el solar ibérico y lo anhelabas y España sólo te da calor y aire—¡que frío ya!—cuando ningún estímulo puede sentir tu puño poderoso, inmóvil para siempre jamás.

Te juro: ¡oh amigo!, ¡oh hermano!, que alguien pidió, porfió, persiguió para ti ¡ay!, como tantas veces, sin eco, el calor y el aire que tu amor a la Patria ansiaba.

Te has ido con esa amargura, amargura que los que te queríamos, los que conocíamos tu pureza casi infantil sabíamos que era fácil de trocar en dulzura.

Aunque ya te sonrías eternamente de los hombres porque has dejado de serlo, nosotros, los que aún penamos y luchamos con la

materia, aspirando a impregnarla de espiritualidad, queremos decirte nuestro íntimo gozo, sí que también nuestro sonrojo, conociendo que al ausentarte, todo cuanto con inmensa fatiga construiste, con generosidad sublime lo cedes a esta Patria nuestra a la que, para alcanzar la gloria, cadáver insepulto hubiste de llegar.

Sabías, Mateo, que en París tus criaturas tendrían un marco espléndido para exhibirse, que lo encontrarían ya pronto, en cualquier lugar del mundo civilizado a que llegasen. Aquí por amarga experiencia sabías que la Escultura, nuestro Arte, es la Cenicienta, y que no ibas a encontrar en nuestra capital el ámbito apropiado donde se exhibieran dignamente sus ya preciosas piedras monumentales.

Mas como la de tus pétreas águilas incommovibles, tu mirada no se detiene en contingencias circunstanciales, visa lejos y tiene conciencia de que un día u otro la comprensión y la solicitud, como a la Patria conviene, se inclinarán hacia la Escultura. ¿Ganarás esta batalla después de muerto? Entonces, como maestros quedan, Ella, la que amabas, recobrará el rango que quien haya recorrido los pueblos hispanos sabe que tuvo en los tiempos imperiales.

Por todo se luchó en España y por quererla mejor luchamos; más cuando hay grandeza. ¿Quién más que tú enalteció hora a hora, día a día, año tras año, a la Patria lejana que casi te desconocía?

Tú, mientras vivías maestro en la ciudad que más maestros contaba, al dejar de ser, nos das la última y más hermosa lección, la que sólo los grandes pueden dar, la de elevarse, y amar.

¡Gloria a ti, Mateo Hernández!

ENRIQUE PEREZ COMENDADOR



## IDEARIO EXTREMEÑO

Quien se mata, ora Cayo, ora Sempronio,—no es un sabio, es un fatuo encaprichado,—que hace un crimen proscrito y reprobado—por toda ley, cual sabe el más bolonio.—La vida es, pues, un bien, y un mal la muerte,—según toda moral filosofía:—quien se mata, es el débil y no el fuerte.

JUAN PABLO FORNER